

MARIANO

Hacia siete años que trabajaba en la colonia Santa Teresa, aquel indio de faz terrosa, de elevada estatura, de ojos turbios e inmóviles.

Siempre andaba solo. Los domingos se perdía en el monte o se embriagaba en las pulperías de la colonia; eran las suyas borracheras silenciosas, durante las cuales se quedaba inmóvil, puesto de cuclillas bajo un árbol; parecía una estatua de tierra rojiza.

Contaría unos treinta años. Nunca había tenido una historia pasional, ni había querido a nadie más que a una vieja que vivía sola en lo hondo del monte, y que algunos decían era su abuela, una vieja que parecía una momia, seca, encogida, como una rama muerta de ingá.

Las mujeres de la colonia Santa Teresa, quince o diez y seis indias arrugadas y envejecidas, de edad indefinible, así como las de las otras colonias donde Mariano había trabajado, le habían inspirado siempre la mayor indiferencia.

Las miraba cuando lavaban en el río o trabajaban en los ranchos, con la cáfila

Mariano tenía una ambición: un tirador de cuero de carpincho con adornos de plata que había en una de las pulperías de Santa Teresa.

Después del desmonte se presentó con el vale, que el capataz de su cuadrilla le dió de mal modo a su humilde requerimiento, y adquirió el ansiado tirador.

Pero tres días después se lo robaron mientras dormía.

Y la vida de Mariano continuó igual, monótona, en el trajín interminable de la pequeña colmena humana.

Tenía ganas de irse. Pero reflexionaba que en todas las colonias sería igual, trabajaría más, bebería menos...

Un día advirtió que una de las mujeres lo miraba.

Era una de las indias menos arrugadas y menos viejas, y andaba siempre con dos indiecitos mestizos a la rastra, dos feos muñecos color quebracho quemado, hijos de quién sabe qué capataz o colono.

Mariano sintió algo confuso que se le movía en lo hondo de su frío y apagado corazón. Los ojos tristoneros de la pobre

juana, casi llena, y borracho como una cuba, se hundía sin rumbo en el bosque, maravillado de verse libre y de sentirse ebrio.

Al mediodía, tropezando, tambaleándose, se halló sin saber cómo ante los restos de una antigua toldería.

Miró en torno, sin reconocer el sitio con sus pupilas sangrientas, y se dejó caer pesadamente.

Ladró un perro y apareció una vieja entre las ruinas, una india vetusta, arrugada como una momia.

Acercóse a Mariano, seguido del flaquísimo perro, y lo miró atentamente con sus ojillos casi invisibles en medio de sus arrugas.

Lo sacudió dulcemente, pero Mariano no se movía.

Luego cantóle al oído, estrechando la cabeza inerme contra su escuálido pecho, una de esas tonadas tristes y primitivas con que las indias adormecen a sus pequeños.

El perro ladraba larga, fúnebremente.

Después la vieja se incorporó sobre el cuerpo inmóvil de Mariano, y ante aquel montón de carne dolorida por la que corría la sangre de veinte generaciones de caciques indígenas, levantó los flacos brazos hacia el cielo, y en su dolor, grande como los bosques, trágico y obscuro como el fin de la raza, sollozó:

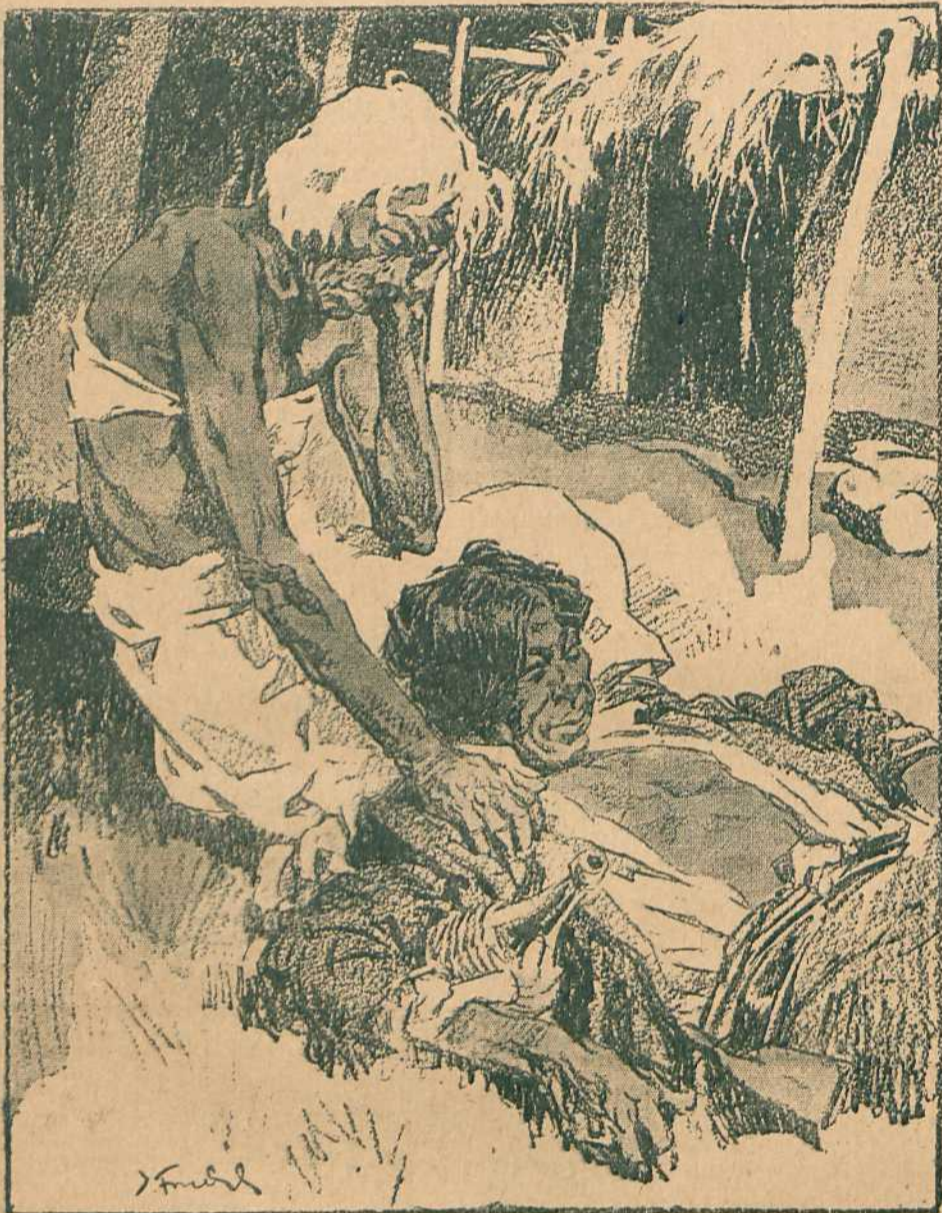
—¡Malditos! ¡Malditos! ¡Era el último chumpi!

Héctor Pedro BLOMBERG.

Galantería imperial

El kaiser es galante. Una danesa, joven y bonita, que toca muy bien el violín, dió un concierto en palacio, y el emperador no pudo menos de expresar su admiración con estas palabras:

—¡Toca usted el violín admirablemente!



de indiecitos color tierra, sucios, desnudos, a la rastra; pero nunca se le ocurría a Mariano que él hubiera podido tener una para él, una que le hubiera llenado su rancho de indiecitos sueños...

Vino el tiempo del desmonte, y en el silencio de los enormes bosques, cuando el sol se ponía, Mariano se dejaba caer junto a los troncos derribados, con el hacha al lado, y miraba nacer uno a uno los luceros.

Le fastidiaba tener que esperar siete días para beber un poco. La caña rebajada de la colonia era lo único que le aliviaba de sus hondos cansancios, de sus profundos hastíos de animal fatigado...

Desde que fuera un indiecito barrigudo andaba trabajando; en su oscuro cerebro flotaba la idea confusa de que aquel labor eterno y estéril era una misteriosa maldición de sus dioses que castigaban así quién sabe qué crímenes nefandos y olvidados de la raza.

Porque él había visto siempre que todos trabajaban en los pueblos, en las colonias, en los obrajes, en los campamentos, hasta en los fortines; pero todos tenían caballos, armas, ropas nuevas, toda la caña que quisieran, plata;... menos los indios, que se morían trabajando y nunca tenían nada.

mujer se le aparecían en las noches del bosque, cuando tirado al pie de un yataí, miraba venir los luceros, dolorido de cansancio.

Pero un poco de caña le hizo olvidar aquello. Cuando volvió a encontrar a la madre de los mestizos evitó su mirada.

Aquel incidente le avivó sus deseos de irse de la colonia.

Se iría a cualquier parte, lejos, donde tal vez hallara menos trabajo y más caña, aquella caña maravillosa que hacía bailar las estrellas sobre su cabeza, que llenaba los bosques de extrañas armonías, que aliviaba el dolor de sus hombros y el peso de su corazón...

Y se fué una mañana, al amanecer, antes de que la colonia despertara, cuando el último lucero se apagaba en el claro cielo tropical.

Había trabajado siete años allí, pero no llevaba nada más que sus ropas andrajosas sobre sus carnes doloridas; nada, ni un cuchillo...

En la ventana de un rancho encontró una damajuana chica que había quedado olvidada. Apoderóse de ella y ganó la selva.

Salió el sol y siguió andando. De trecho en trecho bobía copiosamente de la dama-

Cuando la escucho con los ojos cerrados me parece estar oyendo a Sarasate... ¡sin embargo, prefiero tener los ojos abiertos!

STOMALIX
SAIZ DE CARLOS

TONICO - DIGESTIVO

CONSTITUYE ESTA ESPECIALIDAD EL TRATAMIENTO MÁS RACIONAL Y SEGURO PARA LAS ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO E INTESTINOS, PORQUE QUITA EL DOLOR, AYUDA A LAS DIGESTIONES, ABRE EL APETITO Y TONIFICA. VENTA FARMACIAS. CONCESIONARIO: CARLOS S. PRATS - RIVADAVIA 1255 - MANDA FOLLETO



Tocino en Tajadas
BEECH-NUT

DE UN SABOR Y GUSTO EXQUISITO
PREPARADO POR UN PROCEDIMIENTO ESPECIAL
LISTO PARA SERVIR EN 5 MINUTOS
SE CONSERVA SIEMPRE FRESCO

SE VENDE en los mejores almacenes y fiambrerías.

